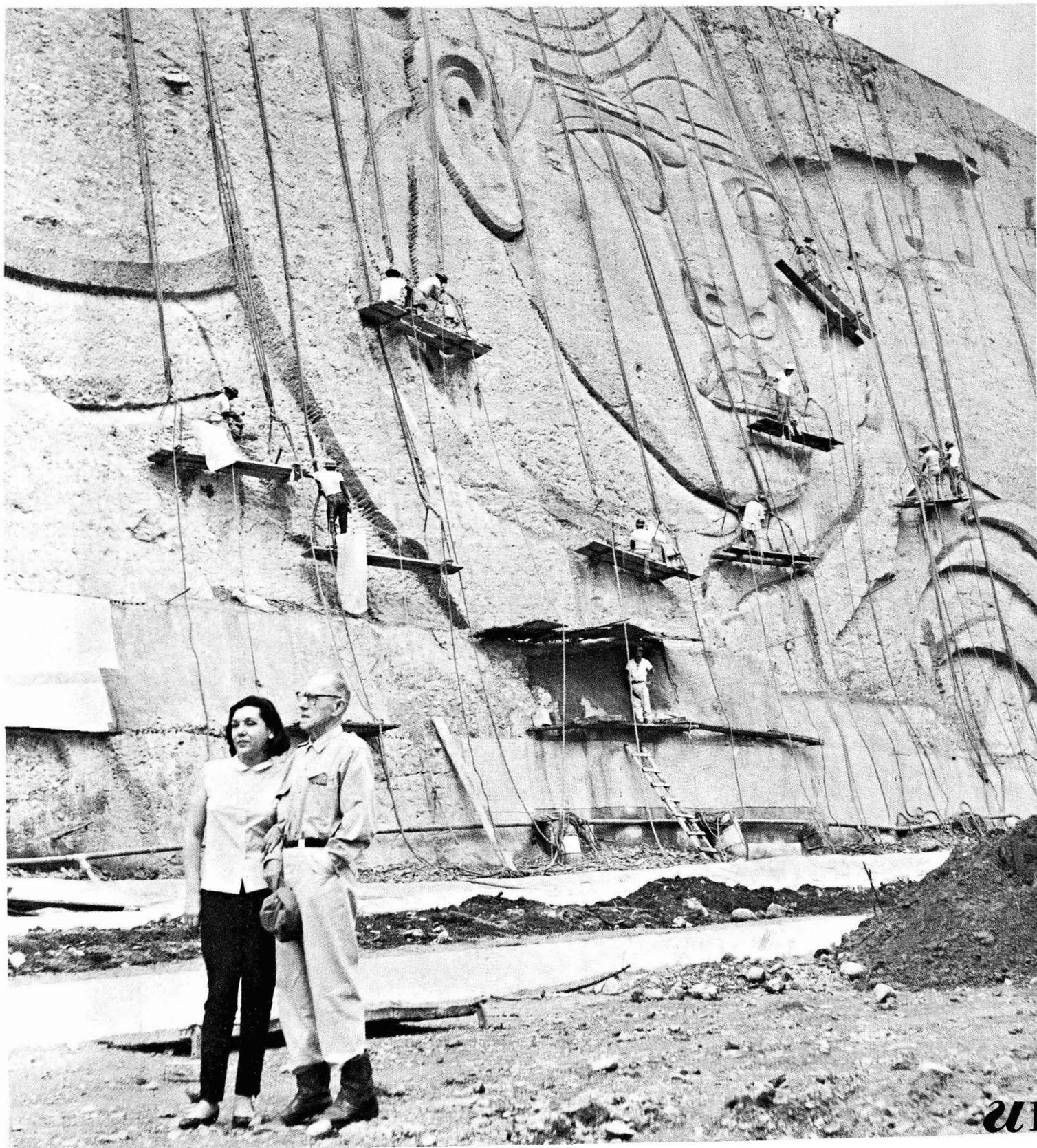
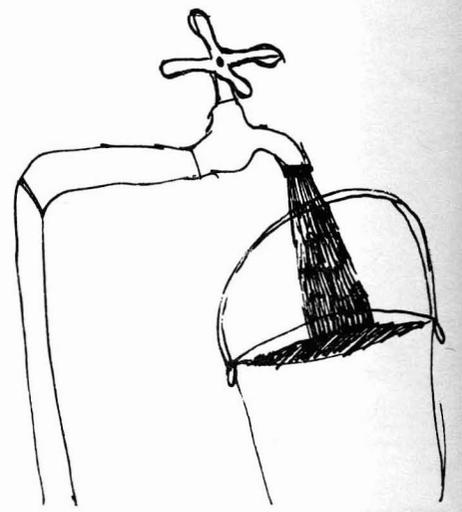


Traven

páginas inéditas

Traven y su esposa, Rosa Elena Luján, en la presa de Milpaso, Chiapas, 1965. Foto de Juan Guzmán.





Un trabajador entre los hombres

Harto de Alemania, Ret Marut, un joven escritor, llegó a Tampico en 1923. Perturbado por la tentativa revolucionaria en Baviera, se dio la posibilidad de otro destino. Ideó el nombre de B. Traven, borró sus huellas visibles y se internó en la vasta geografía descrita en sus novelas.

A partir de ese hecho, acaso trivial, el mundo dudó de la autenticidad de Traven y se entregó a la tarea obsesiva de identificarlo. Algunos ejemplos lo confirman: Gerd Heidemann, de la revista *Der Stern*, ha reunido en 42 carpetas sus indagaciones; en los Estados Unidos, fieles a su tradición, la del Western, se incitó, mediante recompensa, a descubrirlo. Vencido por la curiosidad, Traven accedió a dialogar con July Stone. La primera parte de una recopilación minuciosa y las frases desprendidas a Traven, aparecerán estos días en *Ramparts: The "unknown" german revolution*. Una fotografía suya y sus concisas declaraciones, hechas a Luis Suárez en octubre del año pasado —*Siempre!*, número 695— han vuelto coterráneo a un escritor fantasma, cuya fe voluntaria es prudente transcribir:

“... Comprendo que en su forma de vida no necesite dinero. Pero podría hacerse famoso.

—¿Famoso dijo usted? No sea ingenuo, Gales. ¿Fama? ¿Y qué es la fama después de todo? ¡Una molestia! ¡Sí! Del cielo al infierno. Como lo oye. Hoy soy famoso. Mi nombre aparece en todos los periódicos del mundo, en primera plana. Mañana, quizá ni cincuenta personas sabrán escribir mi nombre correctamente. Y pasado mañana, puedo morir de hambre y a nadie le interesa. Eso es lo que llaman fama. Usted no debería usar esa palabra. Gales. ¡Usted, no! Claro, existe otra clase de fama-gloria, la que llega después de muerto, ya cuando nadie sabe dónde se están blanqueando sus huesos. Y ésa ¿de qué le sirve? No, Gales, fama es una palabra que a mí no me gusta. Es sinónimo de basura.” (*El visitante nocturno*.)

Con esa certidumbre rechazó las proposiciones de Alfred A. Knopf para editar sus obras en los Estados Unidos. Aceptó, no sin anular la publicidad en torno suyo. Los cuatro o cinco libros impresos en esa época, provocaron no pocos estudios. El de Lawrence Clark Powell —*Who is B. Traven?*, New Masses, 1938— contiene una declaración estimable:

“Todo hombre —escribió Traven— tiene el deber de servir a la humanidad con lo mejor de su fuerza y de su capacidad, para aligerar las cargas de la vida de otros hombres, para darles alegría y dirigir sus pensamientos hacia grandes fines. Yo cumplo mi deber para con la humanidad como siempre lo he hecho, ya sea como trabajador, marino, explorador, profesor particular en los más apartados lugares del campo y, ahora, como escritor. No siento que sea yo una persona que desea estar a la vista del público. Me siento un trabajador entre los hombres, anónimo y sin fama, como cualquier trabajador que cumple su tarea para llevar a la humanidad un paso adelante.”

Una cronología provisional de la obra de Traven permite conocer las dos partes en que podría separarse, para su mejor comprensión: 1926, *El barco de la muerte*; 1926, *Mis empleos y otras andanzas*, publicado por capítulos, desde 1925, en *Worwärts*, de Alemania; 1927, *El tesoro de la Sierra Madre*; 1928, *Tierra de primavera*, primera estancia suya en Chiapas; 1928, *Canasta de cuentos mexicanos*; 1929, *El puente en la selva*; 1929, *La rosa blanca. El visitante nocturno* (1967), tiene cuentos escritos en épocas diferentes: el que da título al libro, fue uno de los primeros que Traven escribiera en México; de 1936 data *La creación de los soles*, un conmovedor mito tzeltal y, de 1961, *Aslan Norval*.

Esta primera parte de sus obras más significativas: *El barco de la muerte* y *La rosa blanca*, comprende una reflexión sobre la enajenación de los trabajadores y de países, como el nuestro, cuyos recursos son el móvil mismo de su sometimiento. *El tesoro de la Sierra Madre* podría ser una saga de las leyendas sobre el oro, así como *El puente en la selva* ejemplificaría —sin los frecuentes lugares comunes— la ternura de las madres indígenas.

De sus cuentos, *El visitante nocturno* reserva líneas que Borges y Casares habrían incluido en su rigurosa antología de cuentos fantásticos. La muerte, la enajenación, el roce continuo de lo sobrenatural y la confabulación de los poderes humanos contra los hombres, no excluyen la ironía; ésta fluye de los incidentes que relata. Una sonrisa imprevisible, a veces agotadora como la de Howard en la soledad de la sierra, hacen de Traven un escritor asimilado a nuestra me-

por tradición literaria.

La segunda parte, requiere de un epígrafe: “Considero —escribió Traven a Powell— al indio mexicano y a los miembros del proletariado mexicano, que es 95 por ciento indio, como mi hermano; un hermano que está mucho más cerca de mí que cualquier otro, porque sé con qué coraje, con qué resignación, con qué sacrificio —un sacrificio de sí mismo inaudito en Europa o los Estados Unidos— el indio proletario de México está luchando por conquistar su independencia y salir a la luz del sol.”

La que es, sin duda, la crónica del pueblo mexicano bajo la dictadura, empieza en *La carreta*, 1929; prosigue en *Gobierno*, 1931; continúa en *Hacia el imperio de la caoba*, 1933; sigue en *Trozadas*, 1934 (inéditos, estas dos, en castellano); se prolonga en *La rebelión de los colgados*, 1936 y concluye en *El general, tierra y libertad*, 1937. Toda esta abarca un solo paisaje, el sur de México; la selva de Chiapas; sus haciendas, sus caminos reales, sus parajes, sus indios.

Traven parece retomar el hilo dejado por los cronistas del siglo xvi, en el esfuerzo consciente por describir el padecimiento de los indios, anudarlo en nuevos episodios y llevarlo a extremos magníficos de ira colectiva. No evoca sucesos, los comparte; advertimos su solidaridad con los protagonistas que se mueven en la selva con mansedumbre y, al fin, irrumpen contra los muros de las haciendas. Un párrafo, también escrito a Powell, permite afirmarlo: “No puedo sacudirme las cosas. Otros, tal vez, puedan hacerlo; yo no. Yo tengo que conocer a los seres humanos de quienes hablo. Ellos tienen que haber sido mis amigos o mis compañeros o mis adversarios o mis vecinos o mis paisanos, si es que he de describirlos.”

Si en literatura es frecuente amar las letras de otros países y aun forjarse patrias ideales, lo es también asimilarse a la propia mediante obras que enriquecen su comprensión. No será posible entender al México contemporáneo sin la lectura de Traven.

Quizá ninguna otra aclaración sea necesaria al lector de las páginas inéditas que siguen. G.G.C.



Retrato de Traven
por Antonieta Figueroa

Hacia el imperio de la caoba

Durante el primer día en la selva la tropa llegó después de una marcha de medio día, a un lago. Un lago, no muy grande pero hermoso y romántico en su quietud. Los enganchadores sonaron sus silbatos para marcar el alto. Todos los hombres se arrojaron y dejaron caer sus cargas. Luego descendieron por la pendiente de la ribera, se lavaron las manos, enjuagaron la boca, llenaron sus jícaras de agua y prepararon su pozole.

Celso, Andrés y Santiago habían marchado juntos, uno detrás del otro. Desde el campamento cerca de la finca La Condesa, Paulino se había unido a los tres. Paulino era considerado como una especie de filósofo por todos, debido a su vasta experiencia en el arte de atrapar gatitos negros. Casi nunca importa cómo adquiere un hombre su experiencia. Lo importante es que tiene experiencia y que aplica esta experiencia a lo que él cree provechoso. Sin embargo, no es nada extraño que una persona ocasionalmente, y a veces con frecuencia, a pesar de toda su sabiduría adquirida, cometa una y otra vez el mismo disparate que fue el punto de partida de la primera y las subsecuentes experiencias que ha tenido en su vida. Pero hay que ver que los pueblos son iguales. Durante diez mil años las naciones se han dado cuenta que las guerras no son ninguna solución, sino sólo el comienzo de nuevas complicaciones; aun así siempre empiezan nuevas guerras y no piensan más que en emprender y promover aquello que, inevitablemente, conduzca a nuevas guerras. El primer disparate cometido por un hombre y el cual él considera el principio de su experiencia, generalmente se origina en una debilidad definida, inherente a su carácter y que, por lo mismo, no puede eludir. Sin embargo, comete el mismo disparate o uno parecido, una y otra vez. En el caso de Paulino, como con la mayoría, la sabiduría la había adquirido como producto accesorio de su experiencia principal, y que como, producto accesorio, mucho menos costoso, le había dado su reputación de mundano.

Era muy natural que estos cuatro jóvenes se hubieran juntado. Estaban más o menos al mismo nivel de inteligencia innata. Andrés antiguamente carretero, poseía la mejor educación que pudo absorber por medio de sus esfuerzos e inclinación. Los otros tres probablemente habían carecido de una oportunidad igual así como de la suficiente ambición personal.

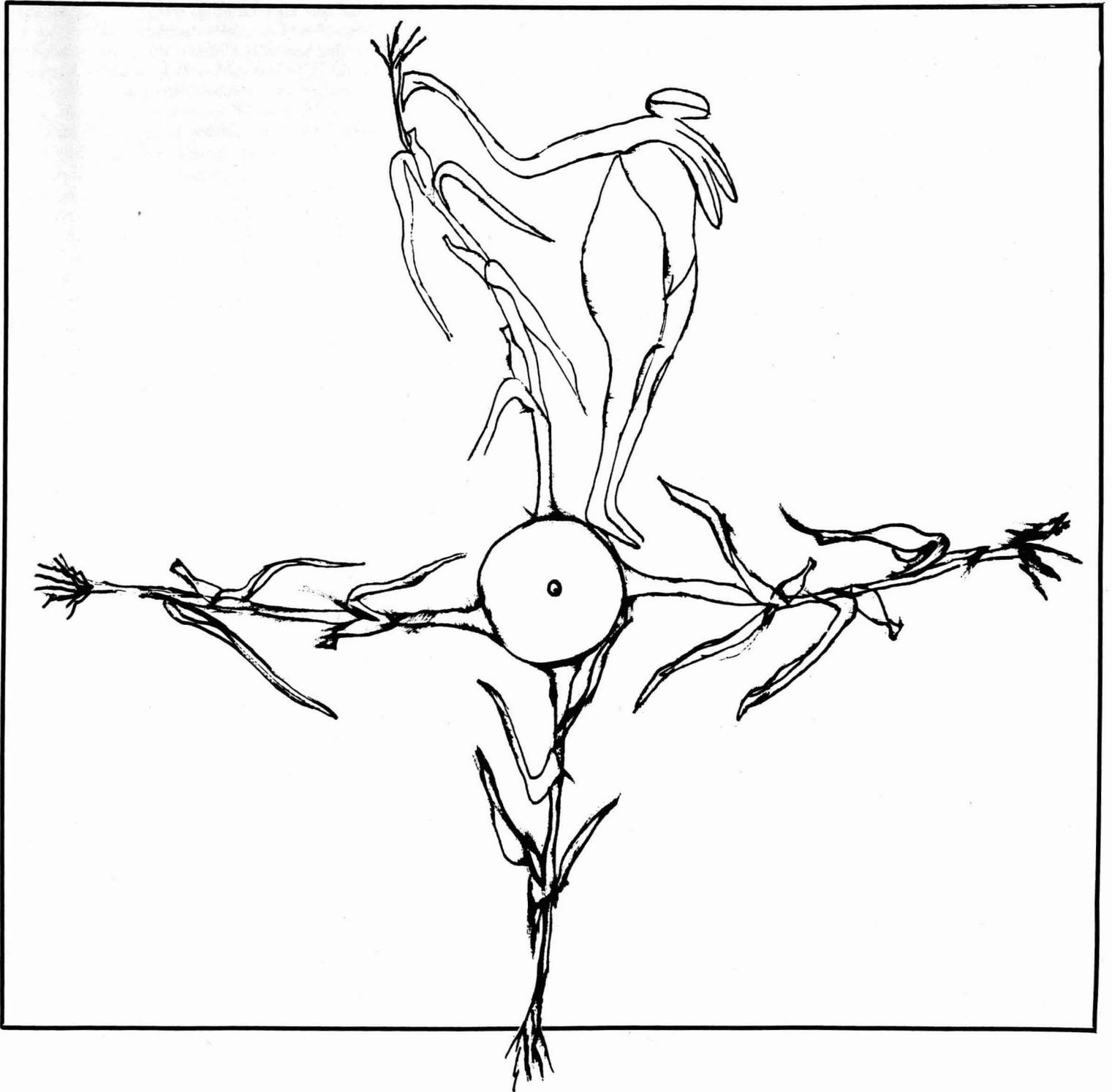
Andrés era el más callado, el más serio y el más pacífico de los cuatro. Celso, Santiago y Paulino confiaban más en sus puños y en la acción rápida, que en la larga meditación y la cuidadosa consideración. Andrés era el estratega, los otros tres eran

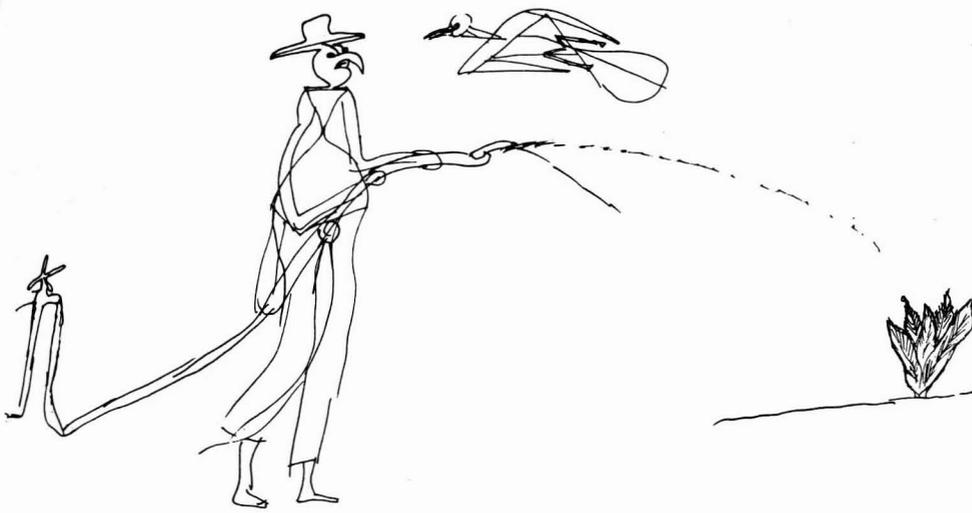


los tácticos. Andrés se inclinaba a tomar la vida en serio y por lo mismo batallaba más. Los otros tres tomaban la vida como venía y se adaptaban hasta que creían haber hecho su situación tolerable, y hasta algo más cómoda. Los cuatro, al igual que el resto de la tropa, habían sucumbido ante poderes más fuertes que ellos mismos y sobre los cuales no tenían ninguna influencia. Pero todo poder descansa sobre el reconocimiento del mismo. Ningún poder puede existir por sí solo y continuar como un universo renovado constantemente. Ningún dictador es tan fuerte que su poderío no pueda ser eludido. Ningún dictador puede dar órdenes donde la voluntad de obedecerlo no existe. Los campos de concentración, Siberia, los trabajos forzados, las torturas y las penas de muerte tienen sus límites estrechos, porque la voluntad de la desobediencia, de resistir a la fuerza bruta, es, al final, infinitamente más fuerte que la voluntad de atacar o de ejercitar una fuerza bruta similar.

El poder que determinaba el destino de estos cuatro muchachos, así como el de todos los demás en la tropa era, para esos hombres, invisible e intangible. Para ellos era imposible comprender que su destino era determinado no por los agentes o los contratistas de las monterías sino por el dictador cuyas acciones, a su vez, estaban influenciadas por la idea de que el bienestar de la República estaba garantizado sólo si al capital doméstico y extranjero se le otorgaba una libertad ilimitada y si el peón no tenía otro objeto en este mundo que obedecer y creer lo que se le ordenaba creer por las autoridades del Estado y especialmente por las de la Iglesia. Cualquiera que tuviera otras ideas respecto a los derechos humanos era azotado o torturado de una u otra manera, hasta que cambiaba de opinión, o era, con la bendición de la Iglesia, fusilado si desparataba tales ideas. Al Valle de la Muerte era mandado si había incitado a los trabajadores del campo o a los obreros textiles al motín o a la rebelión.

Si los muchachos hubieran sido llevados a Nueva York y se les hubieran mostrado ahí las oficinas de la Corporación Centro-Americana de Maderas Preciosas, Chicle y Fruta nunca hubieran creído que un ejército tan pequeño de amables hombres, muchachas y mozos de oficina descansando alrededor de escritorios, eran el poder que los había condenado al infierno de las monterías, de los campos chicleros y a los sembradíos de café y fruta. Ni tampoco hubieran considerado como el poder que determinaba su destino a los señores en los puertos de Tabasco y de Campeche, donde estos señores anotaban la caoba que les llegaba flotando, y la apartaban, clasificaban y apilaban de acuerdo con el tamaño y la calidad, para luego reembarcarla y cargarla en barcos marítimos. Estos señores, agentes y compradores para las compañías madereras y fruterías de los Estados Unidos, eran caballeros amables a su modo, como podía desprenderse del hecho de que generalmente se encontraban borrachos y, si se les necesitaba, tenían que ser buscados en las cantinas, donde se sentaban veinticuatro horas alrededor de una





mesa, jugando al dominó, al póker, a la veintiuna o al siete y medio. Si no se les encontraba en alguna cantina, podían sin falta ser localizados en el barrio de tolerancia del puerto, donde el dinero extra, que les llegaba al bolsillo bajo la forma de cuenta de gastos, era despilfarrado en aquellas mujeres aguza-das que prometían la satisfacción más rápida contra prácticamente ningún esfuerzo de parte de sus compañeros de momento y a cuyo estilo le llamaban: 'estilo gringo'.

Ni los agentes que reclutaban a los hombres para las monterías eran considerados por los trabajadores como el poder fatal del cual no había escapatoria.

Aun los más inteligentes entre los muchachos eran incapaces de discernir dónde estaba el verdadero poder y quién lo sostenía firmemente en sus manos y podía, por lo mismo, disponer libremente de sus vidas. Cada uno, en esta larga cadena de hombres interesados en el negocio de la caoba era, él mismo, sólo un eslabón completamente inocente de las crueldades, las miserias y sufrimientos de los trabajadores caoberos. Cada uno de ellos, de habersele preguntado, hubiera respondido: "Nunca sabía que una cosa así pudiera suceder. Lo siento mucho y veré si se puede remediar."

En ocasiones, los gritos de dolor de los hombres atormentados en la selva llegaban a oídos del dictador. Entonces se enojaba mucho, se enojaba oficialmente, y ordenaba que se nombrara una comisión para investigar. Pero luego, asuntos más importantes llegaban a su escritorio y se olvidaba de indagar si la comisión investigadora había realmente partido a iniciar la investigación, o si su orden de mandar una comisión investigadora sólo había servido para que una docena de sus partidarios, siempre detrás de una prebenda lucrativa, obtuvieran por noventa días una magnífica entrada de dinero sin haber pasado siquiera una sola noche fuera de la ciudad para indagar si esos gritos de desesperación habían sido emitidos realmente o si no eran más que alguna ilusión falaz, o la propaganda venenosa del movimiento, siempre creciente, contra la dictadura.

Los trabajadores en las monterías, aun cuando hubieran descubierto dónde quedaba ese poder que ejercía una influencia tan terrible sobre su destino, no hubieran sido capaces de eliminarlo, ni siquiera de sacudirlo. Este poder anónimo estaba entretreído intrínsecamente con todos los otros poderes en existencia, fuerzas é intereses no sólo dentro del país sino de hecho en todo el mundo. Porque esas compañías importadoras y exportadoras de Nueva York no eran soberanas en su poder o influencia. Su poderío, a la vez, dependía de la buena voluntad y de la disposición de las compañías importadoras de maderas preciosas de Londres, de Liverpool, de Le Havre, de Hamburgo, de Rotterdam, de Génova, de Barcelona, de Amsterdam, de Copenhague, para comprar caoba. Y todas estas compañías dependían a su vez, en su poderío, de la buena voluntad de los miles de compañías e individuos consumidores de maderas preciosas, los cuales en sus ramificaciones y sucursales podían, en

cientos de casos, llegar tan lejos como al carpintero de la aldea en los países más pequeños. Ese poder fundamental estaba tan disperso, tan ramificado, tan extendido y tan entrelazado con todas las actividades de la producción y del consumo humanos que ni siquiera Dios mismo podía haber apuntado con el dedo a cierto hombre y haber dicho: "Éste es el que tiene el poder original que determina el destino de los peones caoberos."

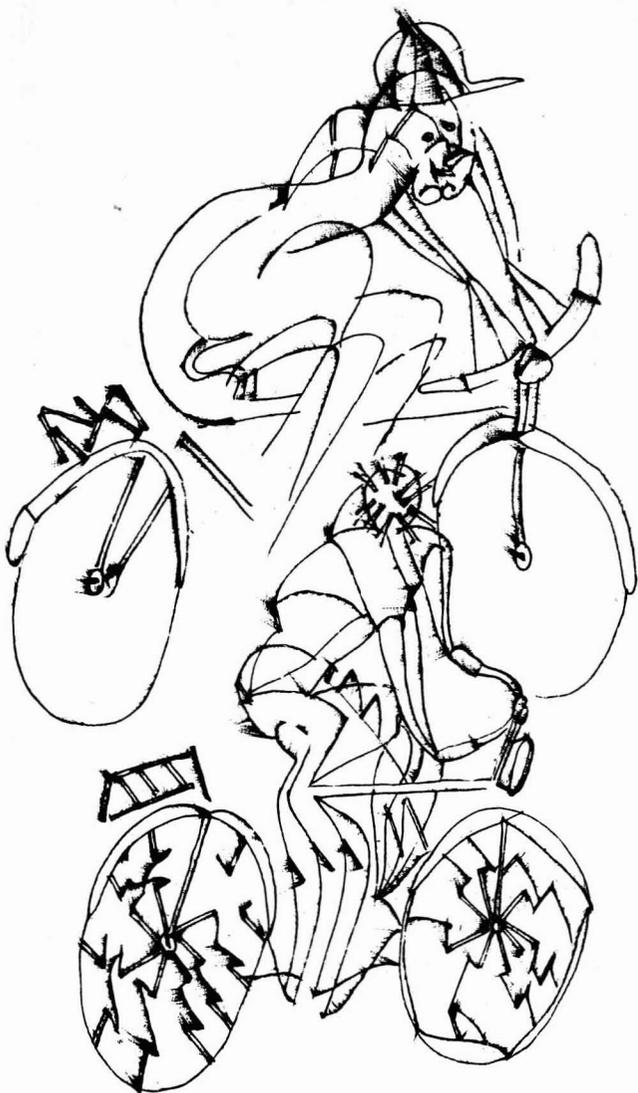
Así como hubiera sido imposible tratar de explicarles a los peones, con muchas palabras y aún más ejemplos, que una oficina en Nueva York, llena de hombres y mujeres diligentes, incansables, escribiendo y calculando, con el temor constante de perder sus empleos, no determinaba el destino de la tropa que marchaba por la selva, hubiera sido aún menos posible convencer a los peones y hacerles entender que el destino de un obrero hambriento y sin trabajo no está determinado por una persona o por un número de personas, sino por un sistema. Ni aun el más hábil de los agitadores, el más ardiente orador, hubiera encontrado a un solo hombre en toda la tropa a quien pudiera haberle explicado, siquiera con éxito limitado, lo que quiere decir un sistema.

Para todos estos leñadores indios, incluyendo al bastante inteligente Andrés, todo lo que no estaba inmediatamente eslabonado a una persona o a un animal o a algo visible, era incomprendible. Cuatrocientos años de educación por la Iglesia no han servido para crear en estas gentes la habilidad de imaginarse a Dios sin tener ante ellos, palpablemente, la imagen de la Virgen o de San Antonio o, para el caso, de cualquier santo, tallada en madera y vestida con traje de terciopelo, para que ellos, los indios, puedan ver y tocar el vestido, besarlo, presionar los labios y las manos sobre los pies de madera de San Pedro o de San Caralampio. Cómo podía esperarse que entendieran un sistema que es mucho más complicado que el sistema religioso que, ya con la Trinidad y la virginidad eterna de una madre, es de por sí bastante complicado.

Así como el soldado común y corriente no es capaz de reconocer al militarismo como sistema, sino que sólo ve al militarismo personificado en sus camaradas más viejos que lo apoyan, y en sus cabos y sargentos que lo atormentan día y noche, y probablemente también en su capitán, todos los cuales le hacen la vida un infierno, estos muchachos que marchaban en la tropa sólo reconocían como el poder fatal que los gobernaba, a aquellos que estaban más cerca, a aquellos que podían ver y a aquellos cuyos latigazos podían sentir. Aunque pareciera extraño, su odio raramente alcanzaba siquiera al enganchador. Disculpaban a éste al convenir en que era su negocio y su misión reclutar hombres para las monterías, así como era el negocio de los comerciantes en ganado comprar reses para los carniceros de las ciudades. Los hombres a quienes ellos consideraban como la fuerza bruta y poder verdaderos, porque ejercitaban su poder directamente, eran los coyotes para los enganchadores, los capataces y los arrieros de la tropa.

No existe ejemplo alguno donde los seres humanos puedan ser oprimidos, amordazados y golpeados por tanto tiempo que al final desistan de todo pensamiento de resistir o rebelarse. Mientras menos fue dotado de cerebro el que gobierna una nación, más intenta nulificar toda resistencia con medidas de fuerza bruta. Aun en la dictadura más arbitraria que se puede imaginar, una quinta parte de la población permanece sin ser tocada. Y esta nunca es precisamente la peor parte de la población. Esta quinta parte que él, el dictador, nunca ha podido alcanzar, causa su derrumbamiento.

El dictador en el poder que posiblemente podía haber alte-



rado el destino de estos caminantes era para ellos tan extraño, tan inalcanzable, tan inútil y tan sordo a su grito de socorro como lo era Dios en el Cielo, a Quien ellos eran incapaces de imaginarse y con Quien ellos podían establecer sólo una conexión muy remota, cuando se hincaban ante la imagen de madera o de cera de la Virgen o de un Santo, persignándose una docena de veces.

Su dictador, al que conocían y veían, era el capataz. Implorarle que fuera menos cruel nunca se les ocurrió ni por un momento. En los más de los casos hubiera sido mejor implorar a una piedra. Una piedra posiblemente pudiera haber sido movida si se le pararan lo bastante cerca y le gritaran lo suficientemente fuerte. Pero los capataces, quienes en su mayoría eran de la misma sangre y del mismo estrato social, negaban todo parentesco de sangre con el campesinado indio, y todavía con más vehemencia, toda solidaridad común. Así como el cabo se cree más cerca de la oficialidad que del soldado raso cuando abusa con éste, así los capataces pensaban que estaban socialmente más cerca de los ladinos, los agentes y los contratistas, mientras más brutalmente trataban a los peones y más inmisericordemente ayudaban a los enganchadores a conseguir nuevas víctimas.

Los peones, para evitar reventar de furia, no veían otro recurso que estar en rebeldía permanente en contra de los capataces, no sólo durante las travesías, sino también en las monterías. De día y de noche pensaban constantemente en tener, siquiera por una vez, a una de estas bestias bajo sus puños. Nunca se le ocurrió a cualquiera de los peones eliminar a los capataces por medio de un ataque combinado al sistema del cual el capataz no era más que un engrane. El último extremo al cual, posiblemente, pudieran ser empujados en su total desesperación, era el de destruir las monterías, tal como, unos años más tarde, los peones revolucionarios en el Estado de Morelos destruyeron todos los ingenios, arrasándolos hasta los cimientos, porque los consideraban la fuente de todos sus sufrimientos, lo cual de hecho era cierto sólo en un sentido muy limitado. Y era exactamente por la misma razón que durante la Revolución los ataques más feroces de los revolucionarios fueron contra padres e iglesias. Cualquier clase de opresión siempre causa las mismas consecuencias, porque los hombres en esto nunca cambian. Nunca ha sido posible conseguir que siquiera las cuatro quintas partes de los individuos de un mismo pueblo acepten una sola opinión o una sola idea, o que den su asentimiento a un solo programa, a una sola religión, o a una sola fe definida. Porque cada individuo tiene sus propias opiniones con respecto a lo que lo hará feliz y contento y a las leyes por las cuales él y sus vecinos deben ser gobernados. Eso es así porque es un ser humano. Los animales se contentan, o al menos parecen contentarse, siempre que sean alimentados con regularidad y se les dé libertad de reproducirse. Los animales nunca preguntan *¿por qué?* Nunca hacen preguntas. Nunca comparan.

Mis empleos y otras andanzas

La plaza se iluminó.

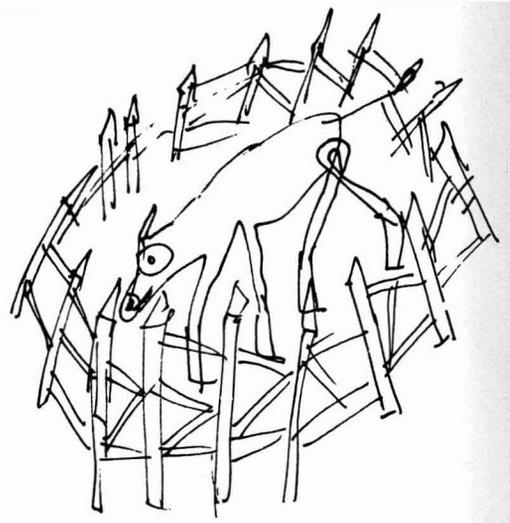
La noche había caído repentinamente. La oscuridad nos invadió en el corto tiempo transcurrido desde el comienzo de la batalla que Antonio libraba consigo mismo. Fue en pleno día cuando vi su cara franca e inocente. La noche había ensombrecido ahora lo poco que pude vislumbrar de su cara, que me hubiera revelado al verdadero Antonio, sin tapujos ni disfraces. ¿Antonio, asesino de Gonzalo? Lo que pudo ser para mí una experiencia inolvidable, poder estudiar las facciones y los gestos de un hombre asaltado por los poderes de la oscuridad, con el cabello y los poros electrizados, fue destruida por las luces implacables. Las luces mentían, poniendo gestos y sombras en la cara de Antonio que en verdad no existían.

Pero su aliento entrecortado era real, como también lo eran sus dedos que se hincaban en la banca. Todo lo demás, ficticio.

Sentado en la banca junto a nosotros, un peón indio, harapiento como la mayoría de los de su clase, que apenas ganan para mal comer. Muchos de estos trabajadores no tienen los treinta centavos con qué pasar la noche en un mesón, donde en la mañana se apiñan cincuenta, ochenta o cien compañeros de dormitorio a lavarse en el mismo lavamanos, secarse con la misma toalla y peinarse con el mismo peine.

El indio, dormido sobre la banca, quedó con los pies colgando y todo su cuerpo cansado y exhausto, hecho una masa informe de harapos.

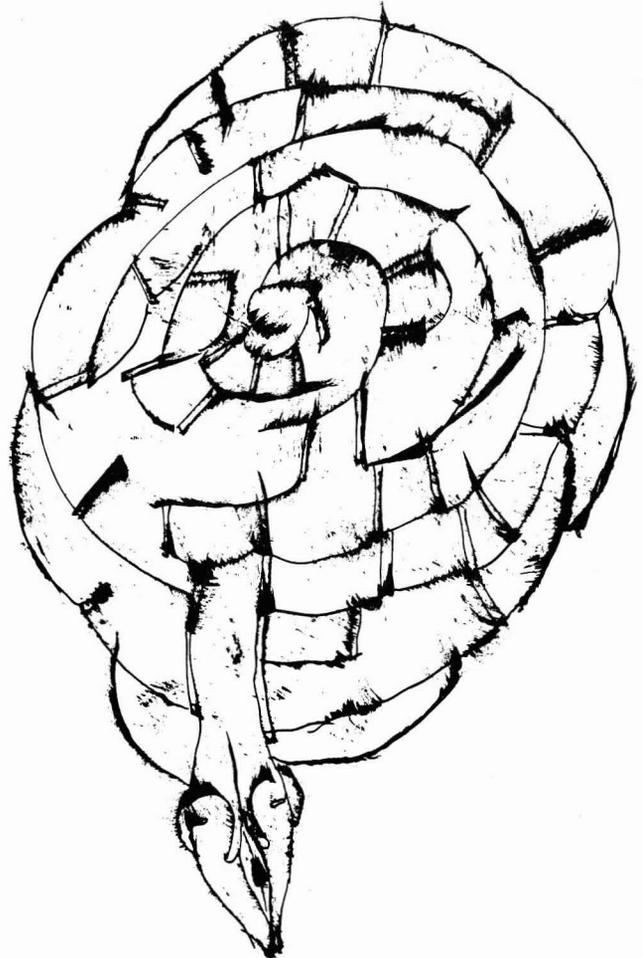
Se acercó un policía, indio como él. Sigilosamente rodeó la banca como un ave de rapiña, que habiendo descubierto su presa arrastrarse por el suelo, se prepara a atacarla desde arriba. Luego, no bien se colocó de nuevo, detrás de la banca, empuñó su cuarta, y con brutalidad salvaje, el gesto malévolo en la cara, descargó un golpe terrible sobre la espalda del peón. Con un gemido sofocado, el indio se dejó caer hacia adelante, cual si una espada le hubiera sido atravesada. Luego se enderezó, y retorciéndose y quejándose, el pobre hombre se llevó una mano hacia el lomo adolorido. El policía ahora se plantó frente a él. Una sonrisa maligna atravesaba su cara. Gruesas lágrimas, de dolor, escurrían por la cara del indio. Pero no dijo nada. No se levantó. Permaneció calladamente, sentado. Pues tenía derecho a hacerlo. Nadie podía disputarle ese derecho a sentarse en una banca pública, por más andrajoso que vistiere y por más que caballeros elegantes y damas encopetadas anduvieran paseando en el fresco de la noche, escuchando la música. El indio se sabía ciudadano de un país libre donde el millonario no goza de



más privilegio para sentarse en una banca del parque, que el indio paria.

El indio pudo haber permanecido sentado durante veinticuatro horas si hubiese querido, pero dormir sobre una banca, ¡jamás!, estaba prohibido. Para tanto no había libertad, aunque la banca quedase precisamente en la Plaza de la Libertad. Era la clase de libertad en la cual el que es autoridad puede apelar al que no lo es. El eterno antagonismo entre dos mundos. Tan antiguo como el relato de la expulsión del Paraíso. El eterno antagonismo entre la policía y los cansados y los abrumados, los agotados y los hambrientos. El indio no tenía razón, y lo sabía. Por eso permanecía callado y sólo gemía. Satán o Gabriel —en este caso él se consideraba este último— tenía toda la razón.

¡No! ¡No tenía la razón! ¡No! ¡No! La sangre se me subió a la cabeza. En todos los países civilizados, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, y aun en otras partes, es la policía la que azota y el trabajador el azotado. Y luego la gente que se sienta complacientemente a sus bien surtidas mesas se sorprende cuando alguien hace tambalear esa mesa, la voltea y hace volar todo en mil pedazos. Una herida de bala, sana. Una herida de chicote nunca sana. Sigue comiendo más y más hon-



do en la carne, llega al corazón y finalmente al cerebro, liberando un grito que hace temblar a la misma tierra. Un grito de "¡venganza!" ¿Por qué está Rusia en manos de los bolcheviques? Porque los rusos fueron los más azotados entre todos los pueblos antes de la nueva era. El chicote de la policía es la mecha que culmina en una explosión, que hace temblar a los continentes y estallar a los sistemas políticos.

¡Ay de los complacientes cuando los azotados gritan "¡venganza!" ¡Ay de los repletos cuando las heridas corroen hasta el corazón de los hambrientos y afectan las mentes de los sufridos! Yo me hice rebelde y revolucionario a la fuerza. Revolucionario por amor a la justicia, por deseo de ayudar al paria y al desheredado. La indignación ante la injusticia y la crueldad convierte a tantos en revolucionarios, cuanto las privaciones y el hambre.

Me paré de un salto y fui hacia la banca, frente a la que el policía cortaba el aire con su cuarta, sonriendo estúpidamente, ante su víctima que se retorció. No me prestó la menor atención, obviamente pensando que sólo me iba a sentar en la banca.

Pero me le acerqué y le dije, cortante: "Vamos a la Comandancia de Policía inmediatamente. Voy a denunciarlo. No tiene derecho a usar su cuarta más que en defensa propia o en un motín callejero. Eso lo sabe muy bien."

"Pero este perro estaba dormido sobre la banca." El pequeño monstruo de tez achocolatada trataba de defenderse.

"Entonces es su deber despertarlo y decirle que no está permitido dormir aquí, y de no hacerle caso, echarlo de la banca, pero cómo es eso de pegarle sin más, así que vamos a la Comandancia. Mañana no tendrá oportunidad de pegarle a nadie."

El individuo se me quedó viendo. Se percató que hablaba en serio y estaba decidido. Colgó la cuarta en un gancho de su cinturón, y como relámpago desapareció, como si la tierra se lo hubiera tragado.

El indio se levantó y se fue.

Yo regresé a donde estaba Antonio.

¿Qué es un asesinato?, cavilé. Todo conduce a lo mismo. La ley de la selva. Todo el mundo es una selva. Devorar o ser devorado. La mosca por la araña, la araña por el gorrion, el gorrion por la culebra, la culebra por el coyote, el coyote por... así seguía y seguía. Interminablemente. Hasta que llegara una catástrofe mundial, o una revolución, y todo el ciclo comenzaría otra vez, sólo que al revés.

Antonio, ¡tú tienes la razón! ¡Sí, tú la tienes! ¡Los vivos siempre tienen la razón! Son los muertos los culpables. Si no hubieras asesinado a Gonzalo, él te hubiera asesinado a ti. Posiblemente. No, sin duda. Es la ley de la jungla. Aprende uno tan pronto en la maleza. Está en todos lados, y después de todo la civilización es sólo el resultado natural de una sobresaliente capacidad imitadora.

